Reflexión sobre educación y ética ambiental en tiempos de cuarentena: El rol de la educación superior

La siguiente es una reflexión sobre educación y ética ambiental en tiempos de cuarentena de Sebastián Miranda Brenes, escritor y gestor ambiental. Docente de gestión ambiental de la Unidad Regional Huetar Caribe del Instituto de Aprendizaje y de la Universidad de Costa Rica, Sede Caribe.

REFLEXIONES 30 DE ABRIL DE 2020SEBASTIÁN MIRANDA BRENES

Sebastián Miranda Brenes, escritor y gestor ambiental

1. Las obviedades de un sistema

Voy a empezar haciendo algunos señalamientos puntuales, y obvios, para dar un marco a la siguiente exposición. El primero es que la era industrial a la que seguimos apegados, pues hemos entrado en la revolución industrial 4.0, ha acelerado el impacto antropogénico sobre el planeta. Esta era se ha sustentado en una economía capitalista, sin importar de que vertiente estemos, izquierda o derecha, que se fundamenta en la acumulación de riqueza a costa de la explotación de los mal llamados recursos (el recurso humano y los recursos naturales), y que políticamente ha consolidado un régimen neoliberal a escala mundial, gobernado por un grupo de personas dueñas de corporaciones y organizaciones como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que se han encargado de estructurar un especie de gobierno global; que impone y regula las políticas públicas de los países, principalmente de aquellos mal bautizados por el expresidente estadounidense Harry Truman; como subdesarrollados, que son conducidos a adoptar una economía basada en el extractivismo y la sobreexplotación de su patrimonio natural como forma de sobrevivencia. Esto nos ha llevado a lo que se conoce como el Antropoceno, término usado en el año 2000 por el ganador del premio Nobel de química Paul Crutzen para denominar a una era

geológica en la cual todos los ecosistemas terrestres se han visto impactados severamente por las actividades humanas.

Este sistema de desarrollo, que se sustenta en un crecimiento al infinito de la economía, ha consolidado un sistema educativo doctrinario que implanta una cosmovisión que toma a la naturaleza como una simple mercancía, despojándola de cualquier valor sagrado y de cualquier valor vital y significativo para nuestra cultura.

Un sistema educativo que su vez implanta la cultura de la competencia, que niega sistemáticamente al Otro, pues lo considera como aquello que se tiene que suprimir o eliminar para llegar a obtener éxito en la vida. Lo que consecuentemente establece un modelo único de éxito basado en tener un alto poder adquisitivo para llegar a poseer gran cantidad de bienes de consumo, lo que paralelamente impone lo que se conoce como la cultura de lo desechable: el compro, uso y tiro, que mantiene una hiperproducción de materiales a partir del hiperconsumo como escala de bienestar. Además, esto establece como norma que quien este fuera de este estilo de vida, se coloca en la Zona del No Ser, término que utiliza Ramón Grosfoguel (sociólogo puertoriqueño) para explicar que aquel que no tiene cierto nivel económico se considera nadie, se invalida y se margina a nivel social.

Por otra parte, esta cosmovisión que se instaura en el sistema educativo; que tiene los cimientos occidentales del judeocristianismo, positivismo y del patriarcado, mantiene un antropocentrismo en vigencia, pues sigue la ontología social aristotélica, donde lo humano, y principalmente el hombre, se encuentra en la cúspide de una jerarquía en la que nos autoproclamamos como una especie superior al resto, con el derecho de someter a aquello que está por debajo de nosotros: la mujer, los animales y la naturaleza.

Ahora bien, han aparecido estrategias en los últimos 30 años, que han permitido abordar propuestas transformadoras, pero que lamentablemente han quedado en un plano políticamente discursivo. Una de las más evidentes, es la idea del desarrollo sostenible, que fue absorbida por el sistema económico, y las acciones claves de cambio que buscan el bien común, se han quedado, en su mayoría, en el papel. Pues, a pesar de muchos esfuerzos por establecer medidas como: la Agenda 21, la protocolo de Kioto, los 17 objetivos de desarrollo sostenible, que buscan cuestiones puntuales como reducir el calentamiento global, erradicar la pobreza, el hambre, mejorar los sistemas de seguridad social, entre muchos otros, en estas últimas tres décadas los índices de estos se han mantenido o incrementado, y por el contrario la desigualdad social ha aumentado significativamente, la riqueza se ha concentrado cada vez en menos manos y se ha presenciado un importante deterioro del ambiente.

Ahora que estamos frente a esta pandemia, que nos obliga a hace esta parada, y nos da una ventana para reflexionar y cuestionar el modo de vida que hemos adoptado en las últimos años, y teniendo a la disposición toda la información científica que proyecta escenarios poco alentadores si no se cambia la forma de hacer las cosas, me surgen las siguientes preguntas: (i) ¿qué proyecto de mundo queremos? Pues estamos en una era global, donde a través del impacto del COVID 19, queda más que evidente que estamos interconectados y que somos interdependientes, y ante esto (ii) ¿qué queremos de la educación? Esta última se puede plantear de forma general, pero en este caso voy a enfocarla en la educación superior.

2. La educación superior como vía para fortalecer la cultura ambiental

A pesar de que muchas propuestas transformadoras han quedado en el mero discurso, han venido surgiendo otras estrategias que promueven un cambio en el sistema económico, político y educativo, que nos pueden ayudar a ver el mundo de forma distinta, abandonando la visión de supremacía de la especie; y así alcanzar un ideal de bien común.

Entre las estrategias que se pueden mencionar, y que poco a poco han tomado fuerza, están: la teoría de sistemas, la sustentabilidad súperfuerte, el diálogo de saberes, el ecofeminismo y el surgimiento más actual de las ecomasculinidades alternativas, el descrecimiento y el ecosocialismo, entre otras, que intentan implantar formas de vida que tiendan a un menor impacto sobre la naturaleza, viendo a esta como una igual, o sea trasciendo la idea del Otro como lo humano, sino que también considera, tanto a la naturaleza como a los animales, como otros sujetos de derecho. Alternativas, que además, buscan establecer economías más justas y solidarias, que reconozcan la pluralidad y la autonomía de las poblaciones, sin imponer una forma hegemónica de política.

Por la tanto, ya existen una serie de conocimientos, teorías, tesis y propuestas que la educación superior tiene a disposición para aportar a una transformación del sistema educativo sustentado en una ética y en una educación ambiental, que impulse una transformación cultural que con lleve a una reconfiguración de nuestras relaciones con el mundo, un cambio en las formas de producción y el impacto de estas. Es decir, la ética y la educación ambiental, ya no se verían como un eje transversal, como sucede en la actualidad, sino que se establecen como un eje prioritario en todas las áreas de formación profesional. Además, esto permitiría que las personas se capaciten para que tengan la oportunidad de ser agentes culturales de cambio, al darles la opción de acoger la idea de trabajar por el Otro, y así abandonar el objetivo de formar empleados, que generalmente pone a las personas en una condición desigual.

La necesidad de esto queda latente ante la emergencia sanitaria que estamos viviendo. El discurso social a nivel mundial cambió de la noche a la mañana. Antes del COVID-19 nos fomentaban el individualismo, el consumo de productos transnacionales, la necesidad de ser productivos para que otros generen riqueza, y ahora durante la pandemia, nos invitan a quedarnos en casa para no exponer al otro, nos invitan a cuidar a los más vulnerables, nos incentivan el consumo local; y que aquellos que aún tienen su salario, sean solidarios, no competitivos, y apoyen. O sea, en esta pandemia, el Otro, volvió a ser relevante.

Por la tanto, la educación superior también puede hacer un giro, para promover en su profesorado y su estudiantado una racionalidad ambiental, como el investigador mexicano Enrique Leff propone, en donde las relaciones socioambientales se basen en el respeto mutuo, en la compasión y en el cuidado. Lo que Leonardo Boff llamó la ética del cuido.

Esto podría adoptarse de manera sistemática por las instituciones educativas, y fomentar en las comunidades estudiantiles una responsabilidad social como futuros profesionales. Lo que implicaría desmontar la competencia que nos inculcan como un bien social, y por el contrario, impulsar una formación basada en la cooperación y que contribuya a mejorar las condiciones de comunidades y de poblaciones.

Para lograrlo, el sistema educativo tiene que erradicar el pensamiento lineal positivista, la racionalidad economicista y abandonar el sistema patriarcal, para involucrar en los procesos

formativos el pensamiento complejo y que se valide los diferentes saberes que conforman nuestra sociedad. Lo que significa, crear un sistema educativo que adopte un visión biocéntrica, donde se revalore a la naturaleza, no como algo utilitario, sino como sagrada o de vital importancia, y que fomente la idea del buen vivir.

Concluyo mi intervención, con una cita de un Humberto Maturana, que se encuentra en libro Emociones y lenguaje en educación y política, publicado en 1988 en Chile y que dice:

"Si la educación media y superior nos invita a la apropiación y a la explotación del mundo natural [y del Otro, agrego]; y no a nuestra coexistencia armónica en él, esa educación no sirve."